

**JOSEP
FONTANA
CAPITALISMO
Y DEMOCRACIA
1756-1848
CÓMO EMPEZÓ
ESTE ENGAÑO**

CRÍTICA

JOSEP FONTANA

CAPITALISMO
Y DEMOCRACIA
1756-1848

Cómo empezó este engaño

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2019

Capitalismo y democracia 1756-1848. Cómo empezó este engaño
Josep Fontana Lázaro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Capitalisme i democràcia, 1756-1848.*
Com va començar aquest engany

© Herederos de Josep Fontana Lázaro, 2018

© de la traducción, Silvia Furió, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-104-5
Depósito legal: B. 4925 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prefacio	7
1. Un mundo en proceso de cambio.....	9
La formación de un mercado mundial.....	9
Una guerra para repartirse en el mundo.....	12
La hora de los comerciantes	15
Un crecimiento interno generado desde abajo.....	20
La primera revolución industrial.....	23
2. La restauración	29
El Congreso de Viena	33
3. La acción del capitalismo	49
La expropiación de la tierra.....	49
Del feudalismo al capitalismo: problemas y variantes	50
El gran debate: propiedad y jurisdicción.....	53
La expropiación del trabajo industrial.....	56
Francia: otro modelo de industrialización.....	57
4. Un sistema inestable	59
La crisis agraria de posguerra	60
Las revueltas liberales de los años veinte	63
La recomposición del viejo orden	70

5. 1830: la invención de la revolución burguesa	75
La revolución se extiende por Europa	81
Inglaterra, al margen de la revolución	85
Francia: la «monarquía de julio»	88
La invención de la revolución burguesa	93
6. Capitalismo: el gran salto hacia adelante.	101
Una nueva pauta de comercio internacional	101
El caso del té	103
La segunda esclavitud	104
Cuba y el auge de la producción azucarera	107
Auge de la esclavitud capitalista: el imperio norteamericano del algodón	112
7. 1848: el triunfo de la burguesía	117
Crisis económica y revolución	117
Los revolucionarios	120
La génesis del <i>Manifiesto comunista</i>	122
La revolución en Francia	125
La revolución en tierras de los Habsburgo y en Alemania . . .	129
España: ni burguesía ni revolución	136
Inglaterra: la frustración del cartismo	137
El reflujó	139
La invención de la fábrica	141
El debate del nivel de vida	144
El triunfo de la burguesía.	145
Epílogo: Una reflexión sobre la visibilidad histórica del capitalismo.	149

Capítulo 1

UN MUNDO EN PROCESO DE CAMBIO

Tras los desastres sucedidos en el siglo xvii en la Europa occidental, afectada además por el cambio climático de la pequeña glaciación, el xviii fue sin duda un tiempo de recuperación, sobre todo en su segunda mitad.¹ Dos factores contribuyeron a este crecimiento, especialmente activo en los países más desarrollados como Gran Bretaña, Holanda y Francia, que marca el momento en que Europa protagoniza la «gran divergencia» que la situaría a la cabeza del resto del mundo en términos de progreso y riqueza.² El primero tuvo como protagonista a la burguesía de negocios implicada en el comercio internacional, asociada en la gestión de los capitales a los terratenientes, que completaría ahora una larga etapa de progreso. En cambio, el segundo factor sería obra del campesinado y menestralía, que iniciarían un proceso de crecimiento interno. La combinación de ambos estímulos redundó en un cambio esencial en la historia.

LA FORMACIÓN DE UN MERCADO MUNDIAL

La expansión del comercio internacional europeo se produjo en dos direcciones distintas. Por un lado, se inició en el territorio continental de América, donde los españoles obtenían la plata, que durante mucho tiempo sería la mercancía fundamental del comercio internacional, conseguida con una fuerza de trabajo que sometían a la presión combinada de la compulsión —«presupuesta la repugnancia que muestran los indios al trabajo, no se puede excusar el compelerlos»—

con las formas de integración forzada en el mercado del trabajo asalariado, expulsándolos de sus economías de subsistencia. Posteriormente, en el siglo XVIII, comenzaría una nueva etapa de la expansión de América, centrada en el Caribe, de la que hablaremos más adelante.³

Muy diferente fue la extensión hacia Oriente, hacia el Índico, donde en un principio encontraron un comercio local bastante desarrollado, al que llegaban como participantes de segunda categoría para negociar y proporcionar servicios, casi inadvertidos al inicio. Como «las moscas a la miel», así se ha calificado la presencia de los holandeses en las islas que forman la actual Indonesia. Como no tenían superioridad militar ni naval en la región, sus ansias de conquista se limitaron inicialmente a imponerse en las pequeñas comunidades locales sin enfrentarse a las potencias dominantes, o a gestionar establecimientos consentidos por dichas potencias, como harían los portugueses en Macao o en Nagasaki.⁴

Los primeros en llegar e instalarse en el Índico fueron los portugueses, que no solo se dedicaban al intercambio de productos entre Oriente y Occidente, sino que participaban en el comercio interior entre los países de aquella zona, pero al carecer a menudo de marinos y de barcos para atender al tráfico, se veían obligados a recurrir a marineros nativos de dichas tierras o a los ingleses, en virtud de la alianza establecida con Inglaterra tras conseguir la independencia en 1640, con el fin de asegurarse una protección contra España.⁵

En el siglo XVII irrumpieron en este escenario asiático otros importantes grupos europeos, entre ellos los holandeses, ingleses y franceses, que actuaban a través de compañías oficiales: la Verenigde Oostindische Compagnie holandesa (VOC), la East India Company británica (EIC) y la Compagnie Française des Indes Orientales, creada por Colbert en 1664, a las que se añadirían, entre otras, las compañías danesas y suecas.

Los holandeses, que a mediados del siglo XVII tenían ya la flota más grande del mundo, fueron los primeros en imponerse. Dado que las rutas tradicionales de su comercio en el Mediterráneo y el Báltico sufrían las consecuencias del enfrentamiento con España, a partir de 1590 se dedicaron al tráfico de productos de lujo procedentes de Oriente. En 1602 fundaron la VOC, a la que se le atribuía la facultad de usar

las armas, tal y como hizo al principio para establecerse en las islas de la actual Indonesia, centro del aprovisionamiento de las especias, fijando su capital en Bantam, en la isla de Java, hasta su traslado a Yakarta en 1619. Los holandeses eran partidarios de asegurar la continuidad del comercio mediante el uso de la fuerza: construyeron fortalezas y amurallaron ciudades. Consiguieron así desplazar a los portugueses de muchas de sus bases, como Colombo y Malaka, y dominar el comercio de las especias con Europa en una situación de monopolio que se vio reforzada en 1652 al fundarse la colonia de El Cabo, en el sur del continente africano, enclave que haría las veces de lugar de reposo y de depósito.⁶

Tras los holandeses aparecieron en el Índico los ingleses, con la East India Company. Ambas compañías, que podían colocar sus acciones en los mercados bursátiles de Ámsterdam y Londres, conseguían movilizar grandes capitales y pudieron establecer factorías en las costas de África y Asia, fortificarlas para su defensa y negociar por su cuenta pactos con los poderes locales a fin de mantener activas las relaciones económicas con el interior. Hay que destacar, no obstante, que se trataba de sociedades anónimas que trabajaban en beneficio de sus accionistas, a los que proporcionaban dividendos (los de la VOC oscilaban entre el 12 y el 50%), y procuraban impedir la participación de comerciantes individuales en el negocio de Oriente.⁷

La compañía inglesa, nacida en 1600 con la idea de limitarse a comerciar, pasó momentos muy difíciles durante los años de la guerra civil en Inglaterra, y tuvo, además, que competir con una nueva Compañía de las Indias creada en 1639 con la idea de comerciar en lugares distintos a los que frecuentaba la primera. En junio de 1698, la Cámara de los Comunes la refundó y generó, con ello, unas expectativas de ganancias que explican la rapidez con la que se cubrieron sus demandas de recursos. La nueva concesión legitimaba su ambición de establecer sitios fortificados en la India, al mismo tiempo que se implicaba en la política interior británica, proporcionando recursos al Estado en forma de aranceles y créditos, mientras este último, por su parte, tenía que encargarse a la larga de proteger la navegación británica contra los holandeses, tal y como se planteaba en las *Navigation Acts* y en la *Cruisers and Convoys Act* de 1708, con una mari-

na estatal destinada a la salvaguarda de las naves comerciales para llevar a cabo el ideal propuesto por Bolingbroke en 1738, en *The Idea of a Patriot King*, de «flotas que cubren los océanos llevando a casa riquezas a cambio de la industria o enviando asistencia o terror al extranjero».

Para evitar los elevados gastos militares que asumían los holandeses en Oriente, los ingleses extendieron sus viajes comerciales a Persia, Siam y China, renunciaron inicialmente a las especias y decidieron asentarse en territorios de la India, pactando con el imperio mogol o enfrentándose a las autoridades locales en un escenario en el que el enemigo a batir eran habitualmente los franceses.⁸

UNA GUERRA PARA REPARTIRSE EL MUNDO

Lo que denominamos Guerra de los Siete Años (1756-1763), que Churchill calificó de primera guerra mundial, y que causó alrededor de un millón de muertos en sus diversos escenarios —lo que la convierte en la guerra más sangrienta conocida hasta entonces en Europa— fue en realidad un conjunto de conflictos que afectaron a la propia Europa, América, África occidental, la India y las islas Filipinas. En el Viejo Continente se enfrentaron dos bandos, uno compuesto por Gran Bretaña, Prusia, Portugal y algunos pequeños estados alemanes contra otro, formado por Francia, Austria, Rusia, España y Suecia. El conflicto, que se había iniciado en América, en una disputa entre colonos franceses y británicos, adquirió una dimensión internacional en Europa con la lucha por la posesión de Silesia entre Prusia y Austria, que comportó un enfrentamiento entre Gran Bretaña, aliada de Prusia, y Francia, aliada de Austria y Rusia, hasta que esta última cambió finalmente de bando.* Prusia salió victoriosa y dejó establecida la «pentarquía» de grandes potencias que dominarían la historia de Europa hasta la Guerra Mundial de 1914-1918: Francia, Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia.

* Además de un conflicto menor entre Suecia, apoyada por Francia, y Prusia a causa de Pomerania, que terminó en tablas.

El mayor impacto de la guerra, desde el punto de vista que aquí nos interesa, fue el que se produjo en los escenarios coloniales, donde Gran Bretaña consiguió grandes beneficios sobre Francia y éxitos espectaculares contra España, como la ocupación de La Habana. En Norteamérica el resultado más destacable fue la pérdida, por parte de los franceses, de sus territorios en Canadá. En el África occidental la contienda tuvo como protagonistas a los británicos y a los franceses, en disputa por los dos puertos de Senegal, Saint-Louis y Gorée, que, además de servir de punto de embarque para el tráfico de esclavos, facilitaban el acceso a la goma arábiga producida en el interior, un producto muy buscado por su utilidad en la industria textil.

El escenario más trascendental desde el punto de vista de la expansión colonial fue posiblemente el de la India. Allí los franceses y los ingleses no buscaban ganancias territoriales, sino que se limitaban a mantener «factorías» cercanas a la costa y bien defendidas, a la vez que trataban de asegurarse privilegios para el comercio, una actividad en la que la compañía inglesa era muy superior a la francesa por el volumen de tráfico y por unos costes de transporte más bajos. Ambas compañías mantenían relaciones de paz o de conflicto en función de lo que ocurría en sus respectivas metrópolis —aunque a veces podían pasar meses antes de que se enterasen de si había guerra o paz entre ellas—, y solían actuar aliándose con los poderes locales. Franceses y británicos rivalizaban en la zona del sudeste, donde estos últimos establecieron las ciudades de Bombay, Madrás y Calcuta, y más al norte en Bengala, donde la EIC supo sacar tajada de su producción textil que en aquellos momentos era más demandada en Europa que las especias.

Hacia 1750, los artesanos de Bengala producían tejidos de calidad superior a precios con los que los europeos no podían competir, puesto que las «indianas» llegaron a venderse en Europa por menos de la mitad del precio de las telas de producción local. Los agentes de la Compañía de las Indias Orientales británica empezaron organizando y controlando la producción local a la vez que la necesidad de defenderse de los ataques de los franceses y de sus aliados locales les obligaba a fortificar sus asentamientos y a organizar un ejército que llegó a contar con unos dos mil europeos y otros tantos nativos (cipayos). Después de fracasos como la pérdida de Calcuta en 1756 a manos de Siraj-ud Dau-

la, nabab o gobernador de Bengala, aliado de los franceses, Robert Clive los derrotó finalmente en la batalla de Plassey (1757), en una operación combinada con una intriga para derrocar al nabab, que a la postre fue asesinado.

En 1765, el emperador mogol Sah Alam II concedió a la compañía el *diwan* de Bengala, Bihar y Orissa, que incluía el derecho a cobrar impuestos a cambio de un tributo anual. A partir de este momento, la compañía pudo pagar, con los impuestos de los nativos, un ejército cada vez más grande y poderoso, que no solo consolidó su dominio sobre Bengala, sino que contribuyó en la empresa global que acabó asegurando la expulsión de los franceses y la conquista de la India. Esta hazaña fue llevada a cabo por el ejército de la compañía, que a principios del siglo XIX contaba con 260.000 hombres, una cifra que el de Gran Bretaña no alcanzaría hasta las guerras napoleónicas (en 1793 tenía tan solo 38.945 efectivos).

El gobierno británico fue controlando gradualmente la compañía, pero no se hizo cargo de su dominio territorial en la India hasta después de la revuelta de los cipayos en 1857.* Las consecuencias para los tejedores de Bengala, obligados a proporcionar tejidos a precios cada vez más bajos, y cuya entrada en el mercado británico se veía obstaculizada por un arancel del 78% de su valor, fueron desastrosas, hasta el punto de arruinar una actividad que acabaría realizándose en Inglaterra. El resultado de esta política y de la corrupción de los dirigentes de la compañía fueron diez millones de muertos por hambruna en Bengala en la década de 1770, al inicio de una época de desastres en todos los territorios indios controlados por la compañía: «Los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de la India», diría un gobernador general.

A pesar de que los conocimientos y la habilidad de los artesanos indios no eran inferiores a las de los europeos, la compañía no les encargaba trabajos industriales, con el fin de evitar que progresasen, sino que pedía a Gran Bretaña los productos que necesitaba, sobre todo armas de fuego, que consumía en abundancia. La consecuencia final de

* El peso político de la Compañía era considerable; en 1767, Horace Walpole sostenía que un tercio de los miembros de la Cámara de los Comunes estaban implicados en sus negocios.

estas pugnas, a la par militares y comerciales, fue el retroceso no solo de la Compañía francesa, sino también de la VOC holandesa, que inició su decadencia hasta culminar en 1783, cuando los holandeses accedieron a que la EIC comerciase en los territorios que dominaban, renunciando al monopolio de las especias.⁹

Los mayores beneficios que obtuvo Gran Bretaña no fueron tanto los territorios conquistados como la confirmación de su superioridad naval. Como rezaba aquella especie de himno imperial llamado *Rule Britannia*, su misión era «gobernar las olas», y eso fue lo que le proporcionó una ventaja decisiva en la expansión colonial y en el crecimiento económico. Sin embargo, la Compañía, convertida en un poder político en la India y denunciada en Gran Bretaña por sus abusos y por la corrupción de sus funcionarios, comenzaba sus horas bajas. Los tejidos procedentes de la India perdían interés a medida que la revolución industrial los producía a buen precio en la propia Gran Bretaña. De resultas, la Compañía orientó sus actividades hacia China y el comercio del té y en 1813 perdía su monopolio sobre la India.

LA HORA DE LOS COMERCIANTES

El momento del gran crecimiento del comercio internacional inició su andadura al mismo tiempo que se producía el retroceso de las compañías oficiales, a la vez que se ampliaba el escenario a la zona del Caribe y de América del Norte. Los protagonistas serían, a partir de aquel momento, los comerciantes individuales. No obstante, no hay que caer en la trampa de considerar esta actividad como una suma ordenada de viajes. El mundo del comercio naval en el siglo XVIII estaba poblado no solo por comerciantes, sino también por piratas, contrabandistas y, como bien dice Marcus Rediker, por delincuentes «de todas las naciones».¹⁰ Añadiendo otras evidencias de resistencias al capitalismo, Rediker y Linebaugh expusieron una nueva visión global, alejada del gran canon marxista y del modelo de la lucha de clases, que les llevó a sostener que entre 1600 y 1835 hubo una solidaridad revolucionaria en torno al Atlántico entre marineros, esclavos y campesinos. El libro recibió elogios de historiadores progresistas como Howard Zinn y feroces condenas políticas por parte de otros, como David Brian

Davis, que lo condenaba como fruto del peor marxismo, cuando el libro tenía menos que ver con el *Manifiesto comunista* que con el «arriba parias de la tierra» de *La Internacional*.¹¹

Retomemos de nuevo la evolución del comercio internacional para subrayar que las líneas de los intercambios de Europa con el resto del mundo se modificaron a mediados del siglo XVIII. Las importaciones de Oriente disminuyeron (tan solo se mantuvieron las de tejidos y las del té) para ceder el primer puesto a otros productos procedentes de América, como el azúcar y el café.

El café proviene de una planta de origen africano, posiblemente de Etiopía, pero la costumbre de tostar el grano para hacer una infusión parece originaria de Arabia: la ciudad de Moka, en Yemen, fue uno de los primeros grandes mercados de este producto. Era fácil cultivarlo en un clima tropical, de modo que se extendió por el mundo en el siglo XVII y llegó a América en el XVIII, donde se aclimató rápidamente en el Caribe y en América del Norte. Después pasó a Brasil, que aún hoy es el primer productor mundial. Su consumo se difundió hasta Inglaterra a partir de la segunda mitad del siglo XVII, servido al público en establecimientos especializados que se convirtieron en puntos de debate político e intelectual (Newton los frecuentaba), en locales de juego y en centros de negocios donde se compraban acciones, se obtenían créditos o se contrataban seguros (Lloyds, que se convertiría en la mayor empresa de seguros marítimos del mundo, nació en un café).

El caso del té es muy distinto. Solamente se producía en China, y los chinos fueron capaces de evitar que se sacasen del país las plantas. Los occidentales no consiguieron cultivarlo en otros territorios hasta comienzos del siglo XIX y tardaron medio siglo en poder competir comercialmente con el té chino, obligados mientras tanto a obtenerlo de China para satisfacer la creciente demanda. El té llegó a Europa a mediados del siglo XVII como una bebida refinada y de lujo, pero se difundió rápidamente en el XVIII. Durante doscientos años, el comercio con China se había limitado sobre todo a la porcelana, sin embargo, a mediados de siglo, debido en parte a la competencia de este producto fabricado en Europa, dicha demanda descendió y el trá-

fico se dedicó de lleno a la seda y al té. Cuando los chinos liberalizaron las exportaciones con la intención de recibir más plata de los europeos, los ingleses y los holandeses compitieron entre sí y fueron a comprarlo a Guangzhou (Cantón), desde donde partían de regreso con un 70 u 80 % de té, que era la mercancía que realmente les interesaba.¹²

El té y el café se tomaban edulcorados con azúcar, de manera que el aumento de su consumo en Europa creó una considerable demanda de azúcar, artículo que podía producirse provechosamente en las islas del Caribe y en buena parte de América, en grandes plantaciones explotadas con mano de obra esclava, hecho que explica que el aumento de su producción coincida con el auge de la exportación de esclavos africanos por el Atlántico. Las colonias antillanas de Francia, Inglaterra y Holanda pasaron de producir 30.000 toneladas de azúcar en 1680, a 140.000 en 1750.

En torno a 1750, el valor de las importaciones coloniales de Holanda y de Gran Bretaña se repartía por igual entre Asia y América, con el azúcar como gran protagonista (representaba por sí solo un 25 % del valor del tráfico global), seguido en importancia por los tejidos orientales, el café y el tabaco, artículos a los que pronto se sumaría el algodón. Este estímulo fue lo que propició que el mundo tropical, y especialmente el Caribe, se convirtiese en una inmensa plantación que permitía obtener a bajo precio, con el trabajo forzado de los esclavos, los productos «coloniales» o «ultramarinos» que sirvieron de fundamento a la ampliación del mercado mundial. El coste del trabajo era la base de este fenómeno. Un ilustrado como Montesquieu, que había escrito que «la esclavitud va contra el derecho natural por el cual todos los hombres nacen libres e independientes», sostenía en cambio que «el azúcar sería demasiado caro si la planta que lo produce no la trabajasen esclavos».¹³

La caña de azúcar, al parecer originaria de Nueva Guinea, que se había extendido desde la Antigüedad por la India y los países árabes, llegó al Mediterráneo y adquirió especial importancia en la Valencia del siglo xv. El paso a las islas de Madeira y las Canarias fue la última etapa antes de dar el salto al otro lado del Atlántico. En torno a 1500, el consumo de azúcar era muy escaso en Europa, donde se utilizaba como medicina. Sin embargo, a lo largo del siglo xviii se había convertido ya

en la mercancía más importante del comercio internacional. En 1800 era un elemento esencial del consumo de las clases medias europeas a la vez que se convertía, gracias a su uso asociado al café y al té, en una importante fuente de calorías para los trabajadores.

Francia tenía, en su posesión de Saint-Domingue, en el Caribe, la principal productora de azúcar del mundo. Esta mitad de una isla constituía la tercera parte del comercio exterior francés. Una flota de 750 grandes embarcaciones con 80.000 marineros aseguraba el tráfico entre los puertos de Saint-Domingue y los de Francia. En 1789, en aquel territorio colonial había 40.000 caballos, 50.000 mulas, 250.000 bueyes y 500.000 esclavos para una población libre de 30.000 colonos. La revuelta de los esclavos de Saint-Domingue en 1791 acabó con el exterminio de los colonos franceses y la fundación de Haití, la segunda nación libre de América. Consciente de la importancia que tenía la producción esclavista del Caribe, Napoleón restableció allí la esclavitud abolida por la revolución y en 1802 envió 44.000 soldados a Haití en un fracasado intento de reconquista.¹⁴

La importancia de esta gran expansión del comercio mundial que se produjo desde mediados del siglo XVIII solo se puede entender si consideramos las interacciones entre sus actividades y la economía de las metrópolis, que a la postre condujeron a unas transformaciones globales. Un estudio sobre la factoría británica en el África occidental nos permite observar microscópicamente cómo se configura en un inicio este conjunto de relaciones. A mediados del siglo XVIII seis comerciantes de Londres compraron la isla de Bunce (o Bance), cerca de la desembocadura del río de Sierra Leona, y montaron allí una factoría con un recinto amurallado, árboles que proporcionaban madera para la reparación de embarcaciones y cultivos de verduras y frutas para alimentar a los residentes. Era un lugar ideal para custodiar a los esclavos que compraban a los reyezuelos de territorios cercanos y que vendían principalmente a plantadores de América del Norte, habitualmente a crédito, mientras se reservaban algunas de las mejores «piezas» para sus propias plantaciones. A la isla llegaban también los productos que intercambiaban por esclavos a bordo de embarcaciones de la propia compañía: tejidos de la India, armas y objetos metálicos (productos suecos o

de la industria británica), bebidas alcohólicas, azúcar y tabaco de América.

En la factoría llegó a haber permanentemente hasta 35 blancos y 142 esclavos que no eran para vender sino que trabajaban fijos desempeñando tareas de carpintería, herrería o albañilería. Un botánico que pasó por allí en 1773 quedó admirado al ver a aquellos europeos vestidos con ropas blancas de algodón importadas de la India, que jugaban a golf, asistidos por *caddies* negros que llevaban ropas de lana producidas cerca de Glasgow, en la fábrica de uno de los asociados. Después de la partida fueron todos juntos a cenar y, al terminar, bebieron vino de Madeira y fumaron tabaco de Virginia.

Desde 1748 a 1784 se desarrolló en torno a la isla un complejo de negocios que incluía una flota que comerciaba con la India, con el oeste de África y con el Caribe, plantaciones en América, tráfico de esclavos y actividades financieras, ya fuera mediante crédito a los plantadores americanos que les compraban esclavos o mediante contratos de suministros militares para el gobierno inglés en su participación en la Guerra de los Siete Años junto a Prusia. No menciono este caso porque sea importante cuantitativamente —esta factoría exportó unos 13.000 esclavos, mientras que los que salieron del África atlántica durante la segunda mitad del siglo XVIII fueron más de tres millones— sino por lo que nos muestra respecto a la naturaleza de las transformaciones que se produjeron en aquellos años.

En un principio, el negocio de aquellos hombres era esencialmente comercial, pero su capacidad de adaptarse a una demanda en rápida transformación los llevó a diversificar sus actividades. En primer lugar fue la creciente petición de café y azúcar por parte de los europeos lo que hizo que se implicasen en las plantaciones americanas. Después descubrieron que los tejidos de algodón estampado no solo tenían demanda en Europa, sino que eran ideales para vender en la mayoría de los mercados de la zona tropical del mundo, especialmente en los de África, donde se podían utilizar para pagar las compras de productos locales y sobre todo las de esclavos, que aumentaban al mismo ritmo que aumentaba la demanda de las plantaciones americanas.*

* Estos hombres complementaron su enriquecimiento con influencia política. Tenían acciones de la Compañía de las Indias en cantidad suficiente como para votar

E. P. Thompson describe con elocuencia cómo se relacionan estos elementos entre sí y con las demás manifestaciones internas del desarrollo capitalista: «La expansión comercial, el proceso de cerramiento de los campos, los primeros años de la revolución industrial: todo se produjo a la sombra de la horca». ¹⁵ Lo que habían iniciado el café y el azúcar lo completó el algodón. La expansión del comercio internacional tuvo un papel decisivo en el progreso industrial europeo. La industria textil algodonera británica no habría prosperado como lo hizo si hubiera tenido que depender de su mercado interior. Fue precisamente la exportación la que hizo posible un enorme crecimiento que, entre 1780 y 1800, multiplicó por más de dieciséis el valor de las ventas de tejidos de algodón al exterior. Los ingresos proporcionados al Estado por esta actividad industrial y exportadora fueron en gran medida los que permitieron a Gran Bretaña financiar las guerras de finales del siglo XVIII y principios del XIX, en las que ratificó su dominio del mar. ¹⁶

UN CRECIMIENTO INTERNO GENERADO DESDE ABAJO

En aquellos tiempos se inició también, en momentos y de maneras distintas según los lugares, una etapa de progreso y crecimiento interior nacida desde abajo, del esfuerzo de los campesinos y los artesanos. La primera revolución agrícola de la modernidad tuvo como base la supresión del barbecho, de la tierra que se dejaba «en reposo» sin cultivar, mediante la introducción de rotaciones a las que un año de cultivo de cereales le seguía otro dedicado al guisante o a la judía, mientras se introducían el trébol y el pipirigallo en las zonas de pasto. El objetivo fundamental de estos cambios era aumentar las cabezas de rebaño que

en el consejo, ocupar cargos directivos y colocar a familiares como funcionarios. Y, naturalmente, compraban tierras. Después de la Guerra de los Siete Años empezaron a ennoblecerse: tenían fincas señoriales con palacios donde abundaban obras de los grandes maestros de la pintura. No se trataba de una afición por el arte, sino de un signo de distinción social. Cuando Robert Clive regresó de Bengala tras amasar una enorme fortuna conseguida mediante violencia y corrupción, se construyó sin demora una mansión digna de sus ambiciones y gastó miles de libras en adornarla con obras de grandes maestros pintores.

podían mantenerse, cosa que permitía disponer de una mayor cantidad de abono orgánico para mejorar el rendimiento de los cereales y al mismo tiempo disponer de más fuerza de trabajo. El sistema se podía organizar perfectamente en zonas de campos abiertos cuyo funcionamiento era asumido por la comunidad.

En el caso de Inglaterra, que es el que mejor se conoce, sabemos que este progreso permitió que a mediados del siglo XVIII hubiera un buen número de campesinos autónomos con la subsistencia garantizada, gracias a las ventajas que les proporcionaban las tierras y los derechos comunes, que iban desde el derecho a cosechar hasta el uso de bosques y pastos. Este último era el más importante de todos porque les permitía mantener a una vaca. Este era el mundo que evocaba en sus versos John Clare, nacido en 1793 en Helpstone, hijo de un obrero agrícola, que trabajó de mozo para los propietarios locales.* Clare explicaba que «hubo un tiempo en que mi pedazo de tierra me hacía un hombre libre [...] hasta que llegaron los viles *enclosures* e hicieron de mí un esclavo de la parroquia». Rememoraba también el cambio en las costumbres de la vieja sociedad igualitaria en la que patronos y trabajadores comían juntos, «con los pobres como iguales, no como esclavos».¹⁷

Una imagen parecida de progreso, aunque en un contexto diferente, es la que nos ofrece la agricultura francesa, que había logrado considerables mejoras desde el siglo XV hasta los años anteriores a la revolución de 1789. Un análisis harto revelador nos lo brinda Pierre de Saint Jacob con su estudio sobre los campesinos del norte Borgoña durante el siglo anterior a la revolución, en el que nos muestra que la mayor amenaza sufrida no fue la de los vestigios del feudalismo, sino la del progreso de las nuevas formas del capitalismo agrario impulsado tanto por la aristocracia como por la burguesía en su esfuerzo por reemplazar la estabilidad que ofrecía el sistema tradicional de contratos de aparcería

* Clare publicó su primer libro de versos en 1820. Sus vecinos no le perdonaron que quisiese destacar y lo acusaron de ser amigo de los gitanos y de los cazadores furtivos. Los últimos treinta años de su vida los pasó encerrado en manicomios sin que se publicase su gran poema, *The Parish*, escrito en 1823.

de larga duración. Mediante la sustitución de dichos contratos por otros de corta duración y fijados en dinero, los campesinos se exponían a perder la tierra y a convertirse en jornaleros. Durante los seis años anteriores a la revolución, las enfermedades del ganado y la crisis económica acabaron de hundirlos y contribuyeron a su movilización.¹⁸

Estos progresos en el sector agrario vinieron acompañados en el sector de la producción por otros que no podemos comprender en todo su alcance a menos que nos desembarcemos de tópicos que desprecian los avances de la tecnología previos a la revolución industrial e ignoran adelantos muy anteriores como el de la difusión del molino de agua, la aplicación de la rueda hidráulica a los batanes o molinos traperos, el telar horizontal, la rueca, la fragua catalana o el complejo de cambios técnicos de las denominadas *new draperies*.¹⁹ Existía también el tópico que sostenía que las reglas de los gremios implicaban la inmovilidad de las formas de trabajo, cuando en realidad lo que se fomentaba era la excelencia del producto. El gremio nunca fue un obstáculo para la industrialización, como a menudo se esgrime, puesto que servía para representar socialmente los intereses de los productores, y acabó propiciando el origen de las agrupaciones profesionales y patronales.

En el germen de lo que denominamos *protoindustrialización* se encuentra la integración del trabajo disperso de los campesinos y de los progresos tecnológicos de los promotores urbanos. En muchas zonas europeas, sobre todo en las más pobres, los agricultores realizaban labores industriales por cuenta ajena en su tiempo libre. En época de lluvias o en invierno, cuando no se podía trabajar en el campo, no había hogar labriego en el que esposa e hija no hilasen, ayudadas por el marido o por los hijos, que les preparaban las fibras. Producían más hilado del que necesitaban para la ropa de consumo personal y lo vendían a los «laneros» («preparadores» que en algunos casos reciben el nombre de «señores de los trapos» o «fabricantes de trapos») o a los comerciantes que iban de casa en casa a recogerlo.*

* Según Jan De Vries, en la Europa de los siglos XVI al XVIII hubo una «revolución industrial» que se manifestó a través de una intensificación del trabajo destinado al mercado, que solía incluir a la totalidad de la familia, con el aumento de la participación de las mujeres y los niños.

En un principio, el hilado era una operación doméstica que llevaban a cabo las mujeres y las hijas, que tenían los dedos más ágiles que los hombres. No obstante, no tardó en añadirse la tarea del tejido, elaborado en pequeños telares manuales caseros. Con las fibras caras, como la lana, que a menudo se había de comprar muy lejos y que, antes de hilar, necesitaba una preparación (lavado, peinado, etc.), los hiladores dependían de sus proveedores, ya que difícilmente habrían podido adquirir la materia prima. Era lógico que en la promoción de esta actividad destacasen, además de los comerciantes, los laneros o «preparadores» de la lana. La parte de la producción que les correspondía, y en especial las operaciones finales de teñir y de acabar las telas, era la única que requería unas instalaciones y un utillaje costoso, como los molinos traperos. Estos eran también los que finalmente tenían en sus manos el producto acabado para venderlo al público (los hiladores y tejedores operaban normalmente con un producto intermedio, semielaborado). Estos laneros no tardaron en convertirse en una especie de promotores que compraban la lana, la daban a hilar a unos, a tejer a otros, la acababan en sus instalaciones y la vendían.

Jaume Torras ha estudiado el caso de una familia de «fabricantes sin fábrica» de Igualada: hacían las operaciones previas en su «taller», daban la fibra a las hiladoras, que trabajaban en casa a destajo (a tanto la pieza) y la devolvían ya hilada. Los «fabricantes» entregaban el hilo a los tejedores que también trabajaban a destajo. Las operaciones de teñido y de acabado las realizaban en instalaciones propias: un tinte y un molino trapero. La parte final, y fundamental, era la de distribuir el tejido a las tiendas (tenían participación en comercios de distintos lugares de la Península) para su venta.

De este modo se ha pasado del *putting out* o producción dispersa a formas de industrialización que marcaban el camino hacia la revolución industrial.²⁰

LA PRIMERA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

En este contexto precisamente hay que entender la formación de un mercado interior, no solo para la ropa, sino también para ramas de la industria de las que se habla poco o nada, productoras de elementos de

consumo doméstico en masa, modestos y muy diversos, que entraron en los hogares populares: llaves, botones, cuchillos, ropa, candelabros, cerámica, muebles, vajillas, navajas de afeitar, etc. Objetos que, sin embargo, podían ser tecnológicamente tan complejos como la aguja de coser, y que demuestran el potencial transformador de esta primera revolución industrial nacida desde abajo.²¹ Efectivamente, el progreso tecnológico industrial no nació en las sociedades de sabios aparecidas con la revolución científica del siglo XVII, ni en las universidades, sino que fue obra de los «artistas», de los menestrales y artesanos que innovaron a partir de la práctica cotidiana de sus oficios.

Esto se pone de manifiesto en el caso de Gran Bretaña, donde los inventos que transformaron inicialmente la producción eran artefactos sencillos, ideados para favorecer la producción doméstica, como la lanzadera, concebida en 1733 por John Kay, o la *spinning Jenny* de Hargreaves, en 1764, que lleva el nombre de la esposa del inventor, a quien iba destinada. Uno de los elementos definitorios de esta etapa sería precisamente el de sacar pleno rendimiento del trabajo familiar.

Esta situación es quizás más visible todavía en el caso de Francia, donde se puede hablar de «la ilustración de los artesanos». Una Francia que a comienzos del siglo XVIII surgía arruinada de las guerras europeas, que culminaron con la de Sucesión Española, depositó sus esperanzas de progreso en la aportación que podían hacer los «artistas», los hombres de oficio. Esto inspiró el proyecto de llevar a cabo una compilación de los adelantos de las artes, vinculada a la fundación de la Société des Arts, que estaba dedicada a «preservar y mejorar el conocimiento operativo, las artes mecánicas y las manufacturas». La Société, contrapuesta en cierto modo a la Académie des Sciences, estaba integrada en 1728 por veinte miembros, entre los cuales figuraban cirujanos (como François Quesnay), geómetras, ingenieros, constructores de relojes, mecánicos y funcionarios.

No obstante, el proyecto de los artistas tenía un trasfondo político, puesto que implicaba la exigencia de que fuesen los artistas, y no los *savants*, quienes decidiesen, a partir del conocimiento que les proporcionaba la práctica, el papel social de las artes. D'Alembert, que era miembro de la Académie des Sciences, y Denis Diderot reaccionaron contra este proyecto en la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des*

sciences, des arts et des métiers,* una obra que se nutre en gran medida de textos y grabados de las obras anteriores sobre las artes.²²

Los avances conseguidos con esta revolución de los menestrales iban mucho más allá de la invención de las máquinas destinadas al trabajo familiar, como bien demuestra su capacidad de producir un objeto tan complejo como la aguja de coser, que, como indicaba la *Encyclopédie*, tuvo que pasar por «dieciocho operaciones diferentes antes de entrar en el comercio». De la *Encyclopédie* el tema de la aguja pasaría a Adam Smith, que lo argumenta en el primer capítulo de *The Wealth of Nations* para destacar el aumento de la productividad que surge de la división del trabajo y de la especialización de todos aquellos que participan en la producción.

Los adelantos conseguidos de este modo son evidentes en caso de la fabricación de armas de fuego en Gran Bretaña, donde la ciudad de Birmingham se convirtió en una especie de fábrica descentralizada. En la confección de armas de fuego había por lo menos treinta procesos manuales diferentes realizados por distintos artesanos individuales. Cada fusil pasaba por infinidad de manos altamente especializadas antes de quedar terminado, tal y como se hacía con muchos otros objetos, ya que dichos artesanos no se dedicaban solamente a las armas, sino que cuando disminuía la demanda de las mismas realizaban otros trabajos relacionados con el metal, desde la producción de juguetes a la de herramientas de afilar. Por esta razón, es difícil decir quién hacía las armas, quién era fabricante de armas.

Las peticiones de la oficina gubernamental de Ordnance, ubicada en la Torre de Londres, las recogían los *contractors*, hombres de negocios que se encargaban de distribuir el trabajo a los artesanos. En aquella época, las calles de Birmingham estaban repletas de muchachos que llevaban cestos con piezas de armas de un especialista a otro. Así fue cómo durante las guerras napoleónicas esta ciudad se convirtió en una fábrica virtual que funcionaba como un sistema eficaz de producción en masa.²³ Esta forma de trabajar no solo exigía el compromiso de cada participante en la calidad de la labor realizada, sino que respetaba

* Una espléndida denuncia de la hipocresía de la Ilustración la ofrece Gonzalo Pontón, *La lucha por la desigualdad: una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*, Barcelona, Pasado & Presente, 2016.

las tradiciones de un «precio equitativo» y un «salario justo», que posteriormente se integraron en la filosofía de los sindicatos, que nacieron como *trade unions*, es decir, «uniones de oficio», no solo en Gran Bretaña sino en toda Europa. Esta coordinación no solamente se llevaba a cabo a escala del obrador, sino a la de la tienda, donde, aparte de las regulaciones gremiales, había un sistema de relaciones «de una enorme complejidad y de una sorprendente flexibilidad, dinamismo e innovación».²⁴

Gillian Cookson ha estudiado el complejo desarrollo de las máquinas en la industria textil británica, la primera que se mecanizó, y nos muestra cómo surgieron del oficio las mejoras, que sin duda debieron de pasar por una larga experiencia de probaturas, perfeccionamiento y adaptaciones antes de consolidarse, siguiendo un proceso que avanzó sobre todo en algunas operaciones —el hilado antes que el tejido, por ejemplo— y que presentaba diferencias según las fibras.²⁵

Este escenario se producía en un mundo en el que dichos inicios de crecimiento, pese a mostrar el camino, no bastaban aún para asegurar la prosperidad general. Las observaciones de la historia antropométrica, que nos permiten establecer relaciones entre la estatura y el nivel de vida, muestran evoluciones negativas entre 1500 y 1800, tanto para Inglaterra como para Holanda y Estados Unidos; una evidencia que coincide con las estimaciones igualmente negativas que se hacen en la actualidad en cuanto a la evolución de los salarios reales. Frente a ello, Van Zanden concluye que desde principios del siglo XVI hasta finales del XVIII hubo «una relación inversa entre desarrollo y nivel de vida», hecho que hace pensar que «amplios sectores de la población de Europa no se beneficiaron del progreso económico» que se estaba produciendo.²⁶

Hay que señalar que todo esto sucedía en unos momentos en que se iniciaba en Inglaterra, y después se extendería lentamente al resto de Europa, un crecimiento de la población basado en la reducción de la mortalidad infantil y la prolongación de la vida. Un crecimiento que al principio favorecería sobre todo a las clases acomodadas —no a los campesinos irlandeses ni a los tejedores manuales de Inglaterra— pero que acabaría transformando la sociedad. Era evidente que la combinación del suministro de calorías a través del comercio internacional y los frutos del crecimiento interior representaban el camino hacia una

etapa de progreso que, en lo relativo al desarrollo interno, parecía apuntar a una sociedad basada en la hegemonía de los consejos campesinos y de las sociedades de oficios: una sociedad con un proyecto colectivo igualitario. Pero el capitalismo, ayudado por el Estado, se apropió rápidamente de estos progresos, a la par que falseaba la historia de lo que había ocurrido, inventando el mito de una revolución industrial que habría surgido del impulso combinado de la máquina y del emprendedor.